LUZ CATÓLICA

SEMANARIO CRÍTICO

de Relig'ón, Ciencias y Españolismo

Director: **José Domingo Corbató,** *Presbítero*

Predica la verdad, insiste con oportunidad y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina (2 Tim. IV, 2)

Año I	Precios de suscripción: Un semestre. . . 4 ptas. Un año. . . . . . 7 » Extranjero, año. 12 »	OFICINAS: *Bordadores, 12, 2.°* junto al Miguelete — Valencia 18 de Octubre de 1900	Venta *(Pago adelantado)* Número suelto. 15 cénts. Por correo. . . 20 » Anuncios: 5 cénts. línea	Núm. 3

SUMARIO

Nota bene.

Hemos enviado los tres primeros números de Luz Católica á varios amigos que para esto nos fueron recomendados por otros. Les rogamos atentamente que se dignen avisarnos, si quieren honrarnos con su suscripción, pues desde hoy suspenderemos el envío si no recibimos dicho aviso. Los no suscriptores, nos harían un favor si tuvieran la amabilidad de devolvernos los números recibidos, lo cual les rogamos también.



Carta del P. Corbató

á su primo hermano

D. MANUEL CORBATÓ, PBRO.

I

ENVIDIA Y COMPASIÓN

Muy querido primo mío: Cuatro largos años de destierro me dieron harto á conocer cuán triste se queda lejo s de la patria el desterrado que ve cuán alegr vuelve á ella el amigo con quien compartía sus privaciones y pesares. Pues más triste he quedado, primo mío, ahora que te he visto partir del destierro de este siglo, donde gimen y lloran los desterrados hijos de Eva, en busca de una patria verdadera y siguiendo «la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido.»

Tristezas hay que Dios bendice; creo yo que de éstas es la mía, porque la mía nace de que no puedo dejar este destierro y seguirte á sepultarme para siempre en la soledad de un claustro, gran patria transitoria de los que tienden á la eterna. Tú que me conoces como acaso nadie me conoce en el mundo, sabes que digo verdad.

No hay recuerdos dolorosos en tu pasado; apacible y beneficioso era tu presente; halagüeño se te aparecía lo porvenir; querido eras de muchos y de todos estimado; y todo y á todos renunciaste por Dios que te llamaba á la soledad para hablarte al corazón, posponiendo á su amor hasta el amor que en más tenías, el de tu buena madre, que por naturaleza lloró y por gracia te bendijo al despedirte.

Primo mío, eres feliz; yo te tengo envidia, gran envidia, así como tú debes de tenerme gran compasión, viéndome como condenado á bregar sin tregua, lejos del claustro amado de una Orden que en el corazón llevo y á la que pertenezco y perteneceré mientras esté vigente la actual disciplina canónica. ¿Por qué las pasiones de los hombres, irritadas por la política insana de bandos y dinastías, me han de privar del bien que gozáis tú en la Orden Carmelitana, y nuestro amado primo Fray José María y mis hermanas Sor Encarnación y Sor Gracia, en la Dominicana?

¡Designios de mi Dios, yo os adoro! Pero ¡ha, primo mío! Es tan duro de pasar lo que me pasa, que—tú lo sabes, porque testigo fuiste en más de dos ocasiones de la violencia con que logré quebrantar la de mi genio, humillándolo, por evitar un escándalo, ante las inauditas injusticias que conmigo se cometieron;—tan duro de pasar, digo, que sin los consuelos de la Cruz, á los excesos de la desesperación me hubiera lanzado; y sin esta fe inquebrantable que Dios ha puesto en mi alma, hoy sería un apóstata.

II

HERMANOS Y AMIGOS

Por apóstata he pasado ya. *Filii matris meæ pugnaverunt contra me...* Hermanos míos y otros de mayor dignidad que ellos han tenido á bien llamarme cien veces Giordano Bruno, á mí que por la misericordia de Dios nunca me ha faltado, nunca, valor para dejarme hacer pedazos confesando la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, sea el cuerpo militante de ella tan santo cómo en tiempo de los mártires, sea tan pecador como en estos tiempos de politicastros y ambiciosos.

Hasta se ha procurado deshonrarme de la manera más sensible para un buen hijo, como es haciendo correr de mano en mano, con exageraciones escandalosas, cartas privadas en que mi inolvidable y queridísimo padre, q. s. g. h., reprendía mis defectos ó los reconocía por humildad, contestando á otras cartas de un prelado acusador. ¡Y esto se ha hecho cuando mi buen padre no era ya de este mundo!

Todo lo demás me parece pálido ante el hecho de que un padre difunto deshonre á un hijo que él tanto amó, así sean los horrores que me cuelga en esferas no comunes un menguado *predicador* de fortuna sin mérito, así sea la fama horrible de que gozo en Roma y otras partes, así sea la que me ponen ahora muchos que hace dos años decían que me admiraban... He tocado con estas palabras el punto capital de la presente carta: queden á un lado los demás, como han quedado siempre.

Nunca mis «ligerezas, imprudencias, violencias y rabias» fueron parte para que diesen un escándalo, defendiéndome de tantas ignominias. Verdad es que, como tú sabes, escribí en mi defensa la *Apología de un condenado*, libro rajante que á más de cuatro hubiera hecho llorar; pero también sabes que en una fiesta de la Purísima Virgen hice por mi Madre Celestial el pequeño sacrificio de rasgar aquella obra, renunciando á volver por mi honor pisoteado. Hoy, sin embargo, las calumnias y contumelias han tomado un nuevo cariz y son de nuevos inventores; y por otro lado, estoy en circunstancias que me obligan á deshacerlas públicamente, según dictamen de maduros consejeros, uno de los cuales eres tú mismo.

Positivista, pesebrista, venal, liberal, masón y qué sé yo qué más soy de algún tiempo á esta parte, al decir de muchos «amigos» á quienes de corazón perdono para que Dios me perdone. ¿Razones? Muchas y gordas, primo. Que he sido dos ó tres años capellán de D. Francisco de Asís; que osé atravesarme, contra los intereses carlistas, en los caminos de un «sapientísimo y providencialísimo reformador», ahora canónicamente signado; que escribí mi último libro contra los errores modernos religioso-políticos, y luego pedí perdón al Cardenal Sancha por creer que le había faltado al respeto; que por ambición he «apostatado del *partido* carlista;» que he «vendido mi pluma» á los señores obispos y á los padres jesuitas; que he venido de París «bien pertrechado;» que publico LUZ CATÓLICA al favor del «chorrico dorado», cuyo origen se ignora; etc., etc.

¡Válgame Dios! ¿No es de lamentar que haya de rebajarse uno á combatir tan estultas pampiroladas? ¡Mucha abnegación he menester para ocuparme de ellas! pero ocupándome, puedo hacer bien á muchos, y por esta razón escribo lo que, si se tratara de mi exclusiva defensa, no escribiría.

III

OBRAS SON AMORES

Por mi tesón en defender con la pluma la causa tradicional que de niño defendí con las armas, perdí de hombre el hábito religioso, las licencias ministeriales, la fama, la salud, la tranquilidad, la carrera, el porvenir, mi familia, mi hogar, mi patria, mi dinero y el de otros, y sólo por un milagro no perdí la vida, que mejor cuenta me hubiera traído. Estuve en la cárcel, me senté en el banquillo de los reos, tuve que fugarme al extranjero como un criminal, padecí en el destierro penas inenarrables, padeciendo sigo no pocas, y arrastrando voy todavía gran parte de las penas canónicas que sólo por mi pecado de carlismo se me impusieron seis años ha. En medio de todo esto, he sido incansable en defender la causa tradicional con la pluma y por otros medios, desconocidos los más, y nunca procuré que se me atribuyese mérito alguno.

¿Qué más? Salga de lo profundo del secreto lo que jamás diría si las circunstancias no fueran tan graves. Con la Sagrada Hostia en la mano hice en París á mi Dios, *un día 4 de Noviembre*, el sacrificio de mi vida, y al año siguiente lo renové, á cambio de protección del cielo para D. Carlos de Borbón y su augusta esposa; y si pedí que á ellos se comunicase la primera vez, fué para que se dignasen socorrer á mi pobre madre, en caso de que el Señor aceptase mi sacrificio; de otro modo, nunca lo hubieran sabido.

Si algún carlista de los que hoy hacen la caridad de calumniarme puede alegar tantos servicios, dése á conocer y le saludaré como se saluda á los héroes.

IV

EL CAPELLÁN

Si el celebrar Misa los días festivos en una casa es ser capellán de ella, yo—y con esto me honro—lo fuí tres años de D. Francisco de Asís de Borbón, príncipe cuya fe y bondad nadie puso jamás en tela de juicio; príncipe absolutamente divorciado de toda política; príncipe que no se ocupa más que de acabar en paz sus días, y que, siendo abuelo de D. Alfonso XIII, harto más hizo en abrir su casa al difamado carlista que el carlista en entrar.

Pero no, allí no entró el político, que la política está desterrada de allí; entró, para ejercer su ministerio, el sacerdote que hasta en el infierno entraría si en el infierno pudiera ejercerlo; y por ser sincero en todo, diré que entró también el pobre para atender al sustento suyo y de su madre amada y de otros.

No lo censuraron algunos amigos míos sensatos; to-

dos los demás lo tomaron como por apostasía, sin duda porque sólo ellos tienen derecho á oir Misa, y yo obligación de morirme de hambre y sujetar el ministerio sacerdotal á la política de bandos. Bien quisiera yo que muchos de estos mis buenos amigos tuvieran la caridad y la prudencia que tanto he visto resplandecer en D. Francisco de Asís y su Mayordomo el Excmo Sr. D. Rafael Palomino. Justicia es lo que digo, no adulación, vicio que por la misericordia de Dios nunca ha sido del número de mis vicios.

V

POR QUÉ PUBLIQUÉ «LA CAMPAÑA DE EL URBIÓN»

Salí después al encuentro de un escritor terriblemente extraviado y seductor de muchos; salí porque ningún carlista salía, ni salían otros más obligados y aptos que yo, y salí exponiéndome á los sinsabores que en el indicado folleto predije, y cuya gravedad sobrepujó en mucho mis previsiones; salí por iniciativa y cuenta propia, séame Dios testigo; salí por amor á los intereses católicos, sin descuidar los carlistas, aunque aquellos eran para mí harto más preciosos que estos; y sin embargo, con estos me objetaron altos y bajos para hacerme callar; salí prediciendo terminantemente la condenación que ha llegado más de un año después; y tanto se me censuró y tanto se me rogó, que tuve la debilidad, Dios me perdone, de no publicar un folleto que tenía preparado y conservo.

Castigo fué de mi pecado la ingratitud con que se pagó mi condescendencia, pues aun después de la condenación paso por haber atropellado entonces no sé qué intereses políticos que por lo visto son opuestos á los intereses católicos. Seguro que no todos los carlistas dirán eso, pensando que es inicuo degradar la política tradicional hasta fundar sus intereses en las demasías de un osado que, por añadidura, blasfema tanto de ellos como del Episcopado y de la Santa Sede, *única razón* porque se le tiene en mucho... Pero si no todos lo dicen, muy pocos de mis conocidos dejan de decirlo. De algunos nada vulgares conservo cartas gravísimas, y de los hechos de otros conservo nota.

VI

POR QUÉ PEDÍ PERDÓN

Cometido aquel pecado de condescendencia, y ansioso de atajar el mal con una prueba pública y acabada—este fué mi único móvil—de que para defender el carlismo tradicional,—el tradicional digo—no se necesitaba de errores, cismas ni herejías por más que se impugnasen las obras de alguno que otro Prelado ó Cardenal, publiqué *Los Consejos del Cardenal Sancha, ó Apología católica del Carlismo*, y tuve la buena ó mala fortuna de que fuese mal recibido mi trabajo, donde más era de esperar que fuese bien recibido.

No pudiendo yo suponer que así lo merecieran las doctrinas de dicha obra, que son las que siempre defendí porque me las enseñaron los grandes Doctores de la Iglesia y el programa del carlismo tradicional, lo achaqué á mis «destemplanzas de lenguaje», censura de las más dulces que por cartas se me dirigieron; y sabiendo, por otra parte, lo que muchos carlistas murmuraban del libro y de mis intenciones, creí haber dado un escándalo.

Así, pues, la única razón de pedir luego perdón al señor Sancha, fueron las acusaciones de unos de mis amigos y el silencio más que acusador de otros; insisto en que esto me hizo creer que había dado un escándalo, y he ahí la única razón que me movió á pedir público perdón al Sr. Sancha, no perdón de las doctrinas ni de los hechos narrados, que confirmo, sino del modo de exponerlos. Esta, repito, fué la razón; lo afirmo bajo palabra solemne de sacerdote, y si es menester, lo juro.

No necesitas tú que te lo jure, primo mío, pues de otras humillaciones mías voluntarias y mayores que esa fuiste testigo. Traté de evitar, con aquel acto de humildad tan duro como espontáneo, lo que yo creía un escándalo, y lo agravé; fué peor el remedio que la enfermedad, pues pocos carlistas quedaron que no lo achacasen á imposiciones enemigas ó á promesas tentadoras... ¡No me conocen como tú! Mal porque expuse las doctrinas, de suerte que más de un pobre envidioso y más de dos absolutistas se lastimaron, y mal porque pedí perdón. *¡O curas hominum! ¡O quantum est in rebus inane!*

VII

MIS AMBICIONES

Dicen que ahora soy ambicioso, positivista, garbancista, añadiendo á la calumnia la contumelia, pues á la cara me lo han arrojado más de dos, de quienes yo menos lo esperaba. ¿En qué lo conocerán mis buenos amigos? En que á uno dije Misa, á otro corregí, á otro argüí y luego pedí perdón: todas esas son las razones, razones de algodón en rama ante la mía, que es esta: *bona conscientia mille testes.*

Tengo en verdad, una ambición muy grande, y tú, primo mío, sabes cuál es, porque más de una vez has leído en mis escritos íntimos estas palabras dirigidas al Dios que me sostiene, y oído de mis labios otras análogas:

«¿Por qué, oh Amador de los humildes, no he de ser yo lo que tanto anhelo, esto es, un religioso ignorado, ó un pobrecito vicario de aldea, sin más cuidado que serviros santificándome en la obscuridad?»

A Dios Nuestro Señor he dicho esto que aquí repito, y á Dios no se le engaña. Por eso en el prólogo del libro arriba mencionado puedo decir con sinceridad:

«Aquí me tiene V. E. pegando al yunque... con repugnancia, ¡con gran repugnancia!, mas con una voluntad que no quebrantan los martillos de vapor. ¿Piensa V. E. que yo soy muy gustoso en consagrar mi tiempo y mis recursos miserables á estas luchas odiosas? No, Eminentísimo señor, no es así; obro por un deber de vocación que me encadena, haciéndome llorar de pesadumbre.»

Mientras mis amigos me suponían persiguiendo situaciones y dinero, yo trabajaba por ellos sin hacer ruído; y si de escritos hablamos hasta publiqué algo que todavía no se sabe de quién es y que produjo honda sensación.

Mil ocasiones he tenido en París de obtener en España la breva que no pocos de mis buenos detractores chuparían á gusto, y puedo asegurar que ni siquiera tentaciones he sentido, porque adquirido tengo ya el hábito del retiro y de la pobreza, y espero en Dios que siempre

lo he de conservar. Jamás, jamás he cometido el *pecado temporal*, esto es, nunca he procurado la gracia de este ó el otro rey ó favorito, antes bien, he procurado ser lo que de Moisés dice San Pablo: que «prefirió ser afligido con el pueblo de Dios, á gozar del *pecado temporal*», ó gracia de Faraón.

Así, pues, no he de rebajarme tanto que impugne la villana, burda y asquerosa calumnia de que he vendido mi pluma; la desprecio.

VIII

MIS RIQUEZAS

Pobre he sido y pobre soy: y si de apuros he de salir abdicando los principios católico-sociales que siempre he defendido, primero me caeré en la calle muerto de inanición ó de hambre.

Perdí últimamente en París los pequeños ahorros del producto de mi trabajo: perdidos por patriotismo, fiado en las falaces promesas de más de cuatro amigos; y luego, aparte de todo aquello, tuve necesidad de volver á Valencia por la razón que tú, querido primo, conociste primero que yo y me comunicaste, exhortándome por ti y por otros á venir definitivamente. No tenía fondos para hacer el viaje y traer mis libros, y tú me enviaste dinero. Mi excelente amigo el Sr. Palomino hizo por su parte y espontáneamente lo que pudo, sin conocer toda la gravedad de mi situación, y me vine, y aquí estoy, trabajando sin salud y sin un momento de reposo para mi sustento y el de las cinco personas que la Providencia me ha confiado.

El «chorrico dorado» es tan precioso, que tú mismo tuviste que darme dinero, hace pocas semanas, para comprar un bocado de pan que comer aquel día; y tú sabes el casi milagro que se ha hecho para publicar LUZ CATÓLICA...

Tengo placer en contar esto al público, primo mío, porque algunos *adoratores mammonnæ*, comparado mi escasez con su abundancia—*nemo miser nisi comparatus*—me han acusado en la prensa del pecado de haber sido pobre en París; y yo añado que lo fuí antes de París y después de París: triple pecado de que me envanezco, porque con él puedo corromper al mismísimo Juez Supremo para que no me condene, que es lo contrario de como los adinerados corrompen la justicia humana. *Index noster per pauperis corrumpitur*, dijo San Juan Crisóstomo.

¿Qué dirían estos que de la riqueza hacen virtud, siempre que no sea de clérigos, si supieran, como sabes tú, que tal vez antes de seis meses podría yo tener riquezas incalculables, con sólo emplear algunos de los medios que por patriotismo me reservo años ha? Si Dios quiere, lo que se ha de saber se sabrá en su día; hoy por hoy, baste saber que *neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me*, y que á mucho podría aspirar si hiciese caso de la nobilísima sangre que corre por las venas de este pobre que, sin embargo, es hijo de un maestro de escuela.

IX

¿EN QUÉ QUEDAMOS?

Ahora me dicen, hasta en los periódicos, que me hundirían los mismos á quienes defiendo. Yo no he salido á defender particulares, ni siquiera corporaciones, sino doctrinas y principios, Iglesia y Patria. Por lo demás, convengo en lo que me dicen y á ello estoy acostumbrado, lo cual es garantía de la sinceridad de mis obras.

Si no estuviera acostumbrado en el orden canónico, por lo menos en el político lo probaría esta carta. *Amici mei et proxime mei adversum me appropinquaverunt*; ó por decirlo más suavemente con el pacientísimo Job, «mis amigos han pasado de largo por delante de mí, como pasa un rápido torrente por las cañadas.»

Tan hecho estoy al papel de sacrificado, tan hecho á la furia de las olas decumanas, que ya el padecer viene á ser en mí como otra naturaleza. A lo que no estoy muy hecho todavía es á pasar entre los carlistas por integrista ó alfonsino, ó liberal, y entre estos por carlista sospechoso; entre los bienhallados con lo existente por pretendido reformador, y entre los pretendidos reformadores por bienhallado con lo existente. ¿En qué quedamos?

Sí, primo: amigos míos y tuyos queridísimos se atreven á lanzarme la acusación de que me meto á reformar al Clero, cuando mi gran lucha es y ha de ser con los que se meten á reformarlo de la manera más orgullosa y escandalosa, hollados los medios canónicos que hay para el caso.

¿Lograré que se me entienda? Difícil es en esta baraúnda infernal de prevenciones y pasiones que son hoy el supremo criterio, de lo cual hablará más abajo el venerable Taulero; pero si pongo yo, *per infamiam, et bonam famam*, lo que es de mi parte en defensa de la Iglesia pisoteada y del Clero ultrajado, poco me importan los desprecios de los hombres. *Si hominibus placerem, servus Dei non essem.* Y además, dígalo ó no *in excessu meo*, digo que *omnis homo mendax*; y que al fin ha de prevalecer la verdad, porque la verdad es Dios, como dijo Zorobabel en el acto que describía el número pasado de LUZ CATÓLICA.

X

UN RUEGO

Lo que yo ruego á mis amigos y á los que no quieren serlo es que no me atribuyan pecados imaginarios, que bastantes son mis pecados reales, si de ellos quieren acusarme; y lo que es más, les ruego que no me acusen en los rincones, sino en medio de la calle, en la prensa, con toda la publicidad que deseen, para que, sabiéndolo todos, llegue á saber yo de qué debo enmendarme; y cuando por convertir ellos una vez más mis desgracias en pecados no haya lugar á enmienda, por lo menos me servirá para ser más cauto y no fiarme tanto de ciertos amigos buenísimos, que son los que siempre me han hecho fracasar.

Toda mi vida es transparente; lo que hice entre las paredes de mi casa, lo que dije al oído de mis amigos eso prediqué sobre los tejados, fiel al Evangelio. Acúsenme, pues, los que á bien lo tengan; yo me dejaré conducir como la pecadora, y si ellos no me perdonan, Jesús me perdonará como á ella.

XI

EL MISMO SOY

Con una sola acusación no podré transigir nunca sin protesta, y será con la de haber abandonado los sanos principios católico-sociales.

El mismo soy que fuí siempre, el mismo seré que soy, mientras Dios no me abandone. Estoy donde estaba, importándome tan poco como siempre los intereses de las personas cuando se trata de defender los de la Iglesia y de la Patria. He de probar hasta la última evidencia esto que digo, y á seguido de la presente carta comenzaré á probarlo, sin perjuicio de que aquí diga, para que lo lean todos los que gusten:

Por ser el mismo de siempre *estorbaba en la casa*, á muchos si no á todos, á la política actual si no á la pasada, lo cual por obras me dió á entender quien podía; y no habiéndome gustado nunca servir de estorbo, cogí lo que me pertenecía, que era mi Catolicismo y mi amor á la Patria y sus Tradiciones, y llorando me subí al tejado *para ver mejor el cielo y no bajar ya.*

Allí estoy, allí estaré, allí me acordaré de la desolada Rebeca que decía: *Si sic mihi futurum erat, ¿quid necesse fuit mihi concipere?* A lo más alto de la casa—no tuvo necesidad de salir de ella—subió San Pedro á orar, y allí vió el lienzo misterioso que bajaba del cielo conteniendo todo género de animales inmundos. Ni él ni los demás cristianos querían tener nada de común con los gentiles, y el cielo le mandó que les abriese las puertas de la fe, que los abrazase como hermanos, lo cual hizo empezando por el centurión Cornelio y su familia y servidumbre, todos españoles. Y no obstante haber obrado por orden del cielo, aquellos cristianos se disgustaron porque se había rozado con los gentiles y admitido al bautismo.

No teman mis amigos políticos de ayer que yo sea su enemigo hoy; de nadie soy enemigo más que de los enemigos de mi Dios y de mi patria, cuanto menos de ellos; pero si alguien ha variado, prometo descubrir quién es, rogándole para bien de unos y otros, que no me obliguen á decir lo que más vale quede enterrado en la fosa del olvido. Creo y espero que acabaré por hacerme entender de ellos como San Pedro de los otros, aunque me ha de costar; y cuando me hayan entendido, verán que no me extramilito ni les combato si exclamo con ardor, en medio de mi nulidad que hoy más que nunca lamento:

Quærite quod quæritis, sed ibi non est ubi quæritis. Por eso yo, que si no soy de condición Pedro el Ermitaño lo soy de voluntad y de otras suertes, predico una Cruzada; y si se me permite decirlo, clamo con aquel Matatías que de principios tan humildes llegó á ser el fundador del invencible ejército de los Macabeos: «El que sea de Dios, véngase conmigo y luchemos por nuestra Patria y las leyes de nuestros padres. ¿Oirá la congregación de los Asideos? Sin duda.

XII

CONCLUSIÓN

Y ahora, primo querido, en vista de que tales cosas pasan entre católicos, hermanos, compañeros, ¿no he de repetir que te considero feliz y te tengo envidia? «Sálvame, Señor, exclamo con el Real Profeta; sálvame; porque ya no queda un hombre de bien, porque la verdad ya no es estimada de los hombres.»

Tú que has heredado el ferviente amor de tu padre á la Reina del Carmelo, á su castísimo Esposo, á la ínclita Doctora Teresa de Jesús, diles que intercedan con el Altísimo por este pecador; ruégales por mí, Manuel, ruégales por este primo tuyo que con el corazón te acompaña; ruégales, no que me alcancen bienes, ni salud, ni amigos, ni cosa terrena, sino resignación para padecer, fortaleza para servir á Dios en todo, según su divina voluntad, é intrepidez para ir al martirio si es menester en defensa de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, de su Cabeza visible, del Episcopado católico y de todo el Clero fiel.

Recibe, en correspondencia, un brazo del alma que te envía tu primo.

JOSÉ D. M. CORBATÓ, PBRO.



Ayer, hoy y siempre

I

No somos aceptadores de personas.

Otro día formularemos los principios religioso-políticos que nos han guiado siempre y nos guían hoy y nos guiarán mañana. Lo que ahora nos conviene establecer es nuestra consecuencia y estabilidad en cuanto á personas y dinastías, ya que por ese lado más que por ningún otro se nos combate con gran deslealtad en los corrillos, que es peor que en los periódicos.

¿Qué culpa tenemos nosotros de que antaño no nos entendieran los que ogaño nos censuran tan injustamente? Y si nos entendieron entonces, ¿qué culpa tenemos de que ellos piensen de otro modo, mientras nosotros seguimos pensando del mismo?

DIOS, PATRIA Y REY ha sido y es nuestra bandera, la bandera españolista. Tenemos un solo Dios y una sola Patria: Reyes podemos tener muchos. Dios ante todo, Patria después, *Rey lo último*, y sólo en cuanto sea para bien común de la Patria y gloria de Dios lo cual no está ligado á personas ni dinastías, digan lo que quieran muchos carlistas por un lado, muchos alfonsinos por otro y los demás por los restantes.

Podrán las personas ó dinastías ser de condiciones más ó menos proporcionadas á las exigencias del bien común social y religioso; pero no siendo las personas doctrinas ni principios—antes bien muchas

veces huellan en práctica lo que establecen en teoría, —todo ese personalismo es cuestión de pareceres más ó menos fundados.

El nuestro es el de siempre, y aun diremos que hoy es mas fundado, y perfecto, y definido que en otro tiempo: más puestos á demostrar que decimos lo que siempre dijimos, á nuestras pasadas publicaciones nos hemos de acoger. Todo este número de LUZ CATÓLICA y otros más llenaríamos de citas y textos si quisiéramos dilucidar extensamente este punto. Basten algunos por hoy.

En la obra *León XIII, los Carlistas y la Monarquía liberal*, obra que nuestros amigos pusieron en los cuernos de la luna, decíamos con el gran Aparisi, *hace siete años:*

«Yo me inclino ante el sagrado principio que representa el rey: *no me inclino ante el hombre que ha de morir como yo...* Sabe el monarca tradicionalista, y *si él lo olvidase, los suyos le obligarían á recordarlo*, que el pueblo no está hecho para el rey, sino el rey para el pueblo; porque la realeza no es beneficio, sino ministerio. Sabe que no puede proceder por capricho, sino conforme á las leyes, y con consejo, y sabe que la monarquía española fué siempre acompañada ó de los Concilios de Toledo, ó de las Cortes de Aragón, ó de los Consejos de Castilla» *(Carta XIX, I.)*

Un año después, *hace ya seis*, en el cap. XIV de *Cuestiones Candentes*, libro escrito y publicado mientras padecíamos la inicua persecución que nos echó al ostracismo, libro no menos alabado que el anterior por nuestros amigos, decíamos las siguientes frases que muchos carlistas juzgaron de oro:

«De mí sé decir, con la mano puesta sobre mi conciencia y la vista en el Dios que me ha de juzgar, que si defiendo el programa de la tradición *no es por la persona de D. Carlos*, ni porque espere de él recompensa alguna. Soy carlista porque *odio de muerte los partidos...* Defiendo en privado y en público, de palabra y por escrito, ese programa venerando, porque Dios me ha dado vocación para decir netamente la verdad á mi Patria, aunque me cueste la vida. Quiero ser útil á mi Religión y á mi Patria en ese sentido, ya que no puedo serlo en otros, y lamento que mi utilidad sea tan escasa.

»No consulto mis intereses, á pesar de lo que se ha permitido decir algún inconsiderado. Pero así como *ningún afecto personal* y ningún interés económico es el motivo determinante de mis defensas, buenas ó malas, así tampoco lo es de mis impugnaciones. Yo respeto á la buena Señora y al inocente niño que hoy ocupan el trono de España: y lejos de profesarles rencor alguno, compadézcoles al verles rodeados de hombres que todo lo sacrifican á su provecho personal, y que únicamente por esto no los arrojan del trono.

»Yo *no me debo á hombre alguno;* yo me debo primeramente á Dios y después á mi Patria, deber que me liga también al rey legítimo (1), llámese Carlos, ó Jaime, ó Alfonso, ó Juan, ó Diego. Tengo toda la altivez española y toda la libertad cristiana para no supeditarme á la *causa particular de una persona*, ni rebajarme al ensañamiento en la de otra. Si la adversidad hiciese que D.ª Cristina de Hapsburgo necesitase alguna vez de mi consuelo, yo la consolaría con caridad cristiana y le diría:

»Señora: no era vuestra augusta persona á quien yo combatía, sino á los que se llamaban vuestros gobiernos, enemigos de Dios, de la Patria y del Trono. Soy español y sacerdote, y un sacerdote español no niega sus atenciones á una dama católica atribulada: mandadme, y seréis servida.»

«En cambio, si la fortuna me hiciese ver á don Carlos sentado en el trono de sus mayores, y mi humilde voz hubiese de llegar á su real presencia, le diría con el mismo espíritu:

«Señor: yo os he amado en vuestro destierrro y os he defendido como lo permitían mis pobres fuerzas; pero *no creáis que yo defendía vuestra causa por ser vuestra*, sino por que era la causa de Dios, de la Patria y de la Autoridad legítima. Personalmente nada me debéis: mi conciencia es mi premio... Rogad por mí á Dios y olvidadme para el mundo.» *(Cuest. Can., capítulo XIV.)*

»El español, y nada más que el español, habla en mí», decíamos también en el *Catecismo del Carlista* con el mismo D. Carlos.

Pues todo esto y mucho más que tantos años ha dijimos, decimos hoy. Si por ello fuimos entonces alabados, injusto es que hoy seamos vituperados. No gastamos, como entonces, diciendo lo mismo: ¿quién ha variado? Pues aun hemos de poner mucho más en claro este asunto.

Precisamente por decir lo de siempre disgustamos hoy. Alto testimonio político tenemos de la pureza de nuestras doctrinas; y según el mismo testimonio, esas doctrinas puras estorban... ¿Por qué?

Tal vez todo se lo explicará el que tenga presente lo que el rey Aquis decía á David, perseguido y calumniado, despidiéndole de su presencia, «Vive Dios, que tú eres justo y bueno en mis ojos, y que tal es la conducta que has observado en el ejército, que no he hallado en ti falta alguna desde el día que viniste hasta el presente; pero NO GUSTAS Á LOS SÁTRAPAS. *Rectus es tu, et bonus... sed satrapis non places.*»

J. D. C.

P. S.—En solos cuatro ó cinco días, desde que terminamos el articulejo que precede hasta hoy que va á publicarse, tales cosas han llegado á nuestros oídos por conductos seguros, tales se nos han dicho por carta y tales deducimos de todo esto con rigurosa lógica, que no parece sino que seamos nuevos Marotos ó Cabreras, y muchos, personas ó periódicos, que nada de esto nos dicen, con un silencio altamente significativo nos acusan.

Está bien: nosotros no hemos de acusar á nadie en

---
(1) Otro día trataremos de la legitimidad.

particular, no siendo cuando la Religión católica ó el bien común de la Patria nos lo impongan; pero ya que nos dan ocasión y motivo de reproducir nuestros escritos, lo haremos con más amplitud de lo que pensábamos, dando las gracias á los que nos ponen en el caso de probar nuestra consecuencia.

Poco nos importaría pasar ó no por consecuentes; pero este asunto va íntimamente ligado con otros muchos de interés común y palpitante; y además, si con nuestros trabajos precedentes, publicados ó inéditos, podemos responder y dar luz y defender la verdad en bien de todos, censurable sería que perdiésemos el tiempo en hacer nuevos escritos.

No se tome, pues, por inmodestia si abrimos desde hoy una sección más que reproduzca ó haga público lo capital de lo que hemos venido diciendo á nuestros amigos. Tenemos la seguridad de que muchos lo agradecerán, y los restantes no podrán censurarlo; y, para terminar, repetimos las gracias á los que nos dan esta ocasión.

C.



Autoridades

I

Se ha de oir á los Pastores de la Iglesia.

«El hijo de Dios hizo á unos apóstoles, á otros profetas, á otros pastores y doctores que anunciasen la palabra de vida para que no fuésemos traidos y llevados como niños, fluctuando á cualquier viento de doctrina, sino que basados en el firme fundamento de la fe, fuésemos edificados en el Espíritu Santo para tabernáculo de Dios.

»Mas para que nadie recibiese de los ministros de la Iglesia la palabra de Dios como palabra de hombre, sino como verdadera palabra de Cristo, el mismo Salvador nuestro dió tal autoridad al magisterio de dichos ministros, que dijo: *El que á vosotros oye, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia, me desprecia á mí.*

»Lo cual ciertamente no quiso que se entendiera de solos aquellos á quienes entonces hablaba, sino también detodos aquellos que por legítima sucesión recibiesen el cargo decuales prometió que estaríanole , nc oriñseas siempre hasta la consumación del siglo.

II

Es necesario predicar la palabra de Dios.

»Y no debiendo cesar en la Iglesia esta predicación del Verbo, es indudable que en los presentes tiempos es cuando más conviene trabajar para que los fieles se nutran de la sana é incorrupta doctrina y en ella se confirmen; porque han salido ya al mundo aquellos falsos doctores ó pseudo profetas, de quienes dijo el Señor: *No les enviaba á profetizar, y ellos corrían; no les hablaba yo, y ellos profetizaban*, para depravar el ánimo de los cristianos con varias y peregrinas doctrinas.

»En lo cual tanto ha progresado la impiedad de los tales, instruida en todas las artes de Satanás, que parece ninguno pueda contenerse en determinados límites; y si no tuviéramos la fuerza que nos da aquella preclara promesa del Salvador, con la cual afirmó que el fundamento de su Iglesia era tan fuerte, que nunca prevalecerían las potestades del infierno, muy de temer sería que la Iglesia, hoy de tantos enemigos cercada y con tantas máquinas combatida, se viniese al suelo.

III

De qué artes se vale la herejía.

»Dejando el camino recto, erraron, y paladinamente confiesan que cultivan la impiedad de ponerse á larga distancia de las doctrinas de sus padres. No hay país tan remoto, ni lugar tan seguro, ni ángulo alguno de la Cristiandad, que esta peste no haya intentado invadir ocultamente.

»Habiendo comprendido los que se propusieron corromper la mente de los fieles que nunca lo conseguirían si á todos hablaban sinceramente con todo el veneno de sus dañinas palabras, intentáronlo por otros medios y lograron diseminar los errores de la impiedad mucho más facil y anchamente.

»En efecto, además de los volúmenes ingentes con que trataron de derribar la verdadera fe; y de los que no era difícil guardarse, porque contenían abiertamente la herejía, publicaron una infinita multitud de hojas y folletos. Aparentando estos libelos mucho celo por la Iglesia, es increible cuán fácilmente han seducido los incautos ánimos de los simples.» (*Catecismo del Conc. de Tren. Præf.*, IV-VIII).

Lecciones para ciertos católicos

LECCIÓN III

Soy cristiano.

Luciano nació el año 235 en Samosata, de padres cristianos. Aunque huérfano desde su tierna edad, hizo tan rápidos progresos en ciencia y elocuencia, que pronto llegó á reputársele por una verdadera notabilidad.

A su saber y decir correspondía su virtud. Fué ordenado presbítero en Antioquía, repartió luego todos sus bienes á los pobres, y para ejercer las obras espirituales de misericordia como ejercía las corporales, abrió una escuela gratuita de teología que fué muy concurrida y celebrada.

Pero la manzana podrida corrompe su compañera; ó

como dijo el Vate Real, «con el perverso serás perverso.» Esto es lo que aconteció al sabio y virtuoso Luciano.

Había por entonces unos cristianos demasiado libres —ó liberales, como diríamos hoy,—que pretendiendo conciliar á Dios con el demonio, al amparo de los «poderes públicos» destrozaban la sociedad y la Iglesia: tales eran los marcionitas, los arrianos y otros.

Frecuentábales Luciano con tan poco escrúpulo, que acabó por pervertirse como ellos y tal vez más que ellos, pues tres obispos de Antioquía le excomulgaron sucesivamente.

A fuer de buen hereje, ó católico como muchos que hoy se estilan, parecía Luciano menospreciar las excomuniones de la Iglesia como se menosprecian hoy; pero Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, le sumió en una serie de grandes tribulaciones que le hicieron abandonar el trato con herejes, y sólo á este precio volvió á entrar en sí.

Reconcilióse con la Iglesia, redoblaron sus antiguas virtudes, y dando notables ejemplos de santidad de vida y pureza de doctrina, llegó á sus ochenta y seis años.

Era el 411, cuando la persecución de Diocleciano y Maximino regaba de sangre la Iglesia. Descubierto el santo viejo en la soledad á donde se había retirado, de orden de Maximino fué conducido á presencia de éste.

—¿Quién eres?—le preguntó.

—Soy cristiano.

—¿Cómo te llamas?

—Soy cristiano.

—¿Cuál es tu familia?

—Soy cristiano.

—¿Conociste á tus padres? ¿Cómo se llamaban?

—Soy cristiano.

—¿A eso se reduce tu celebrado saber? ¿A eso tu elocuencia?

—Soy cristiano: la fe me ha de salvar, no el saber ni la elocuencia.

—¿Así respondes al César?

—Os he dicho que soy cristiano, y de mí no obtendréis más respuesta. Soy cristiano.

—Soldados, arreglad las cuentas á este viejo maldito.

—Soy cristiano, cristiano, cristiano.

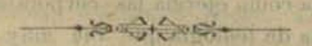
Repitiendo esta breve y completísima profesión de fe, murió en el tormento.

Nunca fué tan de recordar como en los presentes tiempos la lección elocuentísima que nos dejó Luciano. Si la ilustración al uso conduce á la amistad con herejes ó conciliadores del bien y del mal, y la amistad lleva á la apostasía, la fe sencilla basta para sellar la boca á los perversos y producir mártires.

La fórmula de Luciano debe ser la muestra, sin más añadidura: *Soy cristiano, soy católico.* Meditad y aplicad lectores.

La Iglesia celebra el martirio de San Luciano el día 7 de Enero.

N. DE FUENTEVIEJA.



Profecías

Profecía del Venerable Taulero, Dominico. Señales de que estamos en los tiempos predichos por Jesucristo y los Apóstoles.

«El riesgo que padecemos es grande, así del cuerpo como del alma. Verdaderamente, las señales que prometen estas terribles y espantosas plagas, en parte son éstas: vestidos rasgados, breves y rotos, ya de esa forma, ya en un instante de la otra; ahora así, y al punto con abominable transformación variados con insolentes y lascivos modos. Todo lo cual sin duda procede de la sugestión de los malignos espíritus y de su introducción en los corazones de los hombres: como casi doscientos años ha predixo clarissimamente Santa Hildegardis: y profetizándolo procuró avisar al mundo. Que tales han de ser las plagas susodichas, con mucha distinción las pintó la misma Santa; pero ninguno se atreve á publicarlas porque no las comprehende, y es de temer que con tal publicación se azeleren más, que se impidan; empero para que sepan y tengan entendido algunas personas pías cómo se han de portar en los tiempos de aquestas calamidades, me ha parecido proponerlas aquí debaxo de parábolas y semejanzas.

Tirarán á nuestra Sacrosanta Fe, á los Sacramentos y á todas las ecclesiásticas y christianas Constituciones, por lo qual caerán los hombres en tal fluctuación y error, que totalmente ignorarán á quál por más segura de las católicas verdades podrán creer y en quál deverán confiar; y la razón por qué permitirá esto la Divina Justicia certísimamente es porque viviendo nosotros tanto tiempo ha tan negligente ó, por mejor decir, tan viciosamente, hemos contradicho con nuestra vida y costumbres á la misma fe, y nos hemos atrevido á tratar y recibir con tan manifiesta irreverencia, tan indigna, libre é infructuosamente el dignísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesu-Christo, juntamente con todos los demás Sacramentos, y finalmente con toda la demás santidad christiana. Entonces, pues, amenazan grandes peligros á los torpes, viciosos y menospreciadores de la Divina inspiración. Mas los que tuvieren impressa en sus frentes la señal del Thau, esto es, todos los que por la fe viva de Jesu-Chisto fueren hallados en algún principio y aprovechamiento de mejor vida, quedarán libres de estas plagas; y esto es lo que el glorito Apóstol San Juan, en el capítulo nono del Apocalypse, asegura contando estas calamidades, aunque debaxo de oscuras palabras, pero descubiertas más claro que la luz por Santa Hildegardis.

Demás de esto, la suma é intención del fiel y saludable consejo que nos reveló Santa Hildegardis para todos aquellos que alcanzaron aquellos peligrosos tiempos es ésta: conviene á saber, que condescenciendo pacífica y humildemente con ánimo resignado y prontissima voluntad con su anciana y casi exausta Madre la Santa Iglesia, obedezcan con voluntaria y obediente resignación á todos sus institutos y doctrinas que públicamente hasta ahora se nos proponen en los púlpitos por los predicadores, y no den crédito á otra cualquiera persuasión, aunque un ángel del cielo lo diga ó procure persuadir, fuera de lo que

nos está evangelizada, como diligentemente estamos prevenidos por Nuestro Señor Jesu-Christo quando dixo: *Sobre la Cathedra de Moyses se sentaron los escribas y fariseos, todo lo que os dixeren guardatlo y hacetlo; pero no queráis hacer según sus obras.* También San Pablo dice: *Mas aunque nosotros ó un ángel del cielo os anunciare fuera de aquello que os hemos anunciado, sea maldito.*

Ahora, pues, muy amados míos, estad ciertos que si no procuramos mudar en otra mejor nuestra vida, nos amenazan gravemente las calamidades dichas; de suerte que será tanta la aflicción, que nos traiga á la memoria el día del juicio; porque lo que ahora parece gozar mucha paz, se verá entonces en grandísima molestia. Serán pervertidas las palabras de Dios y casi olvidado el culto divino: unos huirán allí, otros allá, y no se podrá fácilmente saber qué fin tendrán tantas desdichas. En medio de esto el fidelísimo Dios se reservará algún nido en que conserve y guarde los suyos. Aprenda, pues, cada uno á padecer y negarse á sí mismo, escuchando dentro la voz de su Padre, atendiendo á lo que en sí le habla; y fuera la de su Madre, esto es, la Iglesia Santa, porque es una la voz de entrambos; por lo qual el que no trabajare en conocer estas voces es necesario que perezca eternamente, porque se levantará una voz falsa que inducirá en error á todos los que no quisieren oir esta voz paternal, la cual para nosotros suena por la voz de nuestra Santa Madre la Iglesia en todas las doctrinas, preceptos y consejos. ¡Ay por esto! ¡y otra vez ay! de todos aquellos que á esta voz no quisieren obedecer, para que en verdad se menosprecien á sí mismos y aprendan á ser humildes, porque á éstos inspirará una voz horrenda de desesperación, diciendo unos falsos doctores que es falso y fingido cuanto los Doctores de la antigua verdad aquí han enseñado. Cualesquiera, pues, que en su fondo estuvieren destituidos de humildad y perseveraren por su propio sentido y beneplácito en aquellos sus engañosos y sutiles conceptos, todos éstos se precipitarán en tantos errores, que creerán que todos los ritos é institutos de la Iglesia son mentirosos y ajenos de toda verdad, lo cual verdaderamente por la mayor parte procederá de su viciosísimo fondo, y también porque estarán totalmente apartados del vivo y verdadero fondo, porque la verdadera humildad es amar á Dios de todo, en todo y por todo. Este es, muy amados míos, el verdadero fundamento de todo bien. ¡Oh, si pudierais prevenir, carísimos, en quántas angustias y peligros se han de ver envueltos el mundo y todos aquellos que en el centro de su alma no se llegaren puramente á Dios, ó á lo menos á sus amigos! ¡y quán terriblemente se hará con ellos! y, finalmente, ¡cómo será pisada y ultrajada la Fe verdadera! Digo que si lo llegarais á entender, vuestros sentidos naturales de ninguna manera lo pudieran sufrir; los que alcanzaréis á vivir entonces, pensad quánto tiempo antes se os ha dicho.» (V. P. FRAY JUAN TAULERO. *Instituciones divinas*, capítulo XLVI. Traducción del siglo XVII).



Cartas del Orco.

El exceso de original nos obliga á suspenderlas en este número. Repetimos á nuestros amables lectores, respondiendo á las preguntas de algunos, que no están escritas en términos de caló, todo es muy castellano como se verá ojeando el diccionario. Asimismo conviene repetir que dichas cartas son y serán historia seca. En cuanto á los nombres de aquellos á quienes se dirigen, debemos advertir que son, y serán siempre, la historia compendiada de tales «galopines vivos,» y no nombres puestos sin ton ni son. Allá va hoy, sustituyendo á las de Orco, una carta curiosísima que bien pudiera venir del mismo sitio.

Carta de P. y Ronquéis

Ó EL GRAN QUIJOTE

Al Señor Arzobispo de Valencia

Estupendo, estupendo. Los padres jesuitas pagan poco la conciencia venal de los que trabajamos en LUZ CATÓLICA, y no hemos tenido más remedio que venderla al gran Quijote de la cosmopolitería andante, ó escribidora y redentora y abominadora y despachurradora: ¡P. y Ronquéis, colaborador de nuestra Revista! ¿Quién lo hubiera soñado? Está visto que en ninguna parte pasan cosas tan raras como en el mundo. Leed, lectores benévolos ó malévolos, cojos ó mancos, tuertos ó ciegos, rectos ó jorobados, leed la carta que al señor Arzobispo de Valencia, nuestro Prelado amadísimo, dirige el gran vencedor de molinos y yangüeses, el gran desfacedor de todos los entuertos y curador de todos los desaguisados del cosmos. Tosed antes, estornudad y mocaos, para no profanar luego con estas cosazas la lectura de tan empinado documento:

«Sr. Arzobispo: *Muy elocuente es para la verdad cosmopolita y para nuestra campaña* de rabias y despechos, *que el pueblo*, ese pueblo descreído que yo trato de embaucar para que me aclame, *vea y toque como los Obispos de Mallorca, Valencia, Santander y Tortosa, consienten que los jesuitas*, por boca de ese testaferro de Corbató, *infamen y calumnien* con las verdades del barquero *á sacerdotes ungidos* como yo *con el óleo de la ordenación, sin que sean apercibidos ni mucho menos castigados los autores de tales calumnias é infamias* que me hacen la santísima.

»Bueno y santo es que yo, gran lancero de la cosmopolitería andante, destripe la honra de todos los Papas vivos y muertos, de todos los Obispos habidos y por haber, de todos los clérigos «cabezudos» que no me siguen, y me ensañe especialmente con León XIII, llamándole comerciante de plumas y conciencias; pero que esos malandrines se metan impunemente conmigo, conmigo que soy *sacerdote ungido con el óleo de la ordenación*, es cosa para despachurrarse de rabia cosmopolita.

»*Muy elocuente va siendo que estos Prelados patrocinen á los periódicos difamadores* de los que tienen tan mala fama como yo y mi difunto *Turbión, y no llamen la atención de los sacerdotes que los escriben y públicamente se presentan*—lo digo por Corbató—*como autores de los escritos*. ¿Por qué no aprenden de mí que uso todo un diccionario de pseudónimos y no saco la cara sino para combatir á Papas y Obispos que lo más que pueden hacer es excomulgarme, lo cual no me rompe las costillas?

»*Muy elocuente va siendo que el pueblo católico español*, aquel pueblo á quien poco hace llamaba yo «gazmoño, autoritarista, chocarrero, frívolo,» porque no se dispone á seguirme, *vea que las Congregaciones romanas condenan á los urbionistas*. «Urbionistas» digo, esto es, personas, no «Urbiones,» á pesar de que días pasados hice arremeter á un diario porque dijo que me habían condenado, cuando lo condenado fué mi papel.

»*Estos hechos van siendo de una elocuencia abrumadora, espantosa, imponderable*, terrible, horrible, en fin, antidinacosmopoliterápica, como una fábrica de cerillas que aquí hubo: *pues con ellas queda palpablemente demostrado que las autoridades eclesiásticas se hacen cómplices* de los escritores que aun cometen el tonto arcaísmo de salir á defender la Iglesia y el clero fiel, *infamias que* los Obispos *podrían evitar solamente con una palabra*.

»*No cometeremos la necedad de defendernos de las injustas diatribas de un infeliz como el Padre Corbató;* pero sí que pedimos á nuestros enemigos los Obispos que lo aplasten, porque nos da mucha pena y nos quita muchas suscripciones ese atrevido *que tan pronto recrimina á los Obispos*, esto es, arguye á tres Obispos particulares que no van bien, *tan pronto los adula á trueque de concitarlos contra nosotros*, diciendo que los excesos de algún particular no deben atribuirse al Episcopado católico en general, que es indefectible.

»*Tenemos lástima á ese pobre sacerdote que ha gemido cuatro años bajo la persecución político-religiosa... recordamos lo que recientemente escribió desde París con respecto á su situación económica angustiosa;* sabiendo, pues, que es perseguido y pobre, lo tenemos por un ignorante, bueno solo para testaferro, porque aquí medimos la sabiduría y la virtud por el tamaño de los periódicos y el chorro de bolsillo que sueltan los impíos.

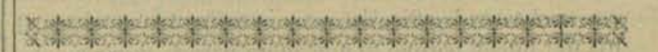
»Por eso *nuestro lema es: «á la cabeza y no á la mano,»* al Papa, á los Obispos, á los ensotanados todos que no nos siguen. *Es decir, no debemos pegar á los que son instrumentos, sino á los que dirigen esos instrumentos y á los que pueden impedir su funcionamiento*, que son el Papa y las Congregaciones romanas y los Obispos, porque éstos no responderán como Corbató y otros en los periódicos.

»*Ya sabrán el prelado de Valencia y otros lo que cuesta su negligencia en corregir á esos sus desmandados fieles, como también lo sabrá la Compañía dicha de Jesús. ¿Nos obligan á ello? Pues á ello, que sarna con gusto no pica*, lo cual aquí sabemos todos por experiencia propia. Ya sabrán, ya sabrán ellos lo que es bueno; porque si una excomunión hace caer los fusiles de las manos del ejército napoleónico, á nosotros no nos hará caer ni la pluma; y cuando nos dejen con un palmo de narices ó nos pongan la pera de angustia en la boca, ó de cualquier otro modo nos hagan callar como putos, siempre nos quedará el derecho del pataleo para escribir que Corbató está vendido á los pícaros jesuitas, y que los Obispos todos son consentidores y cómplices de los que nos combaten.

Trapo cosmopolita 4 Octubre 1900.

P. y Ronquéis

El secretario,
Serafín Millart.



Cosmopoliterías

El trapo cosmopolita, costeado por quienes diremos cuando sea hora, y dirigido por un «ungido con el santo óleo,» que parece paga contribución por su oficio de calumniador y libelista, decía unos días ha que, al mismo tiempo que el P. Corbató impugnaba desde París á dicho *ungido*, «aplaudía la campaña eclesiástica que estaba haciendo el impetuoso diario *(El País)* republicano de Madrid.»

Lo único en que nuestro querido director no se ha dejado jamás infamar sin protesta, es su ardiente fidelidad á la Iglesia Católica; pero en esta ocasión, aunque en un principio manifestó deseos de protestar en varios periódicos, cree que no debe dar tal importancia á la villanísima calumnia, viniendo ésta de quien viene.

Dijo *El País* hace dos años que el P. Corbató lo leía *á gusto*, y cuando el Padre, un mes más tarde, tuvo conocimiento de esta falsedad insigne, publicó en *El Águila Extremeña*, contra *El País*, la «Carta del Orco», que reprodujo el primer número de Luz Católica. De aquella noticia dada por los desgraciados curas de *El País* ha sacado hoy su calumnia otro sacerdote no menos desgraciado por sus extravíos, á pesar de que á cada trique invoca su carácter sacerdotal para que le respeten y no le combatan.

Asco nos da á nosotros sacarle sus trapillos sucios, pero nos resignamos por el bien de muchos que, viendo tanta suciedad, se taparán los ojos y las narices. A su tiempo publicaremos un *Syllabus* de herejías y escándalos inauditos sembrados á granel en el albañal cosmopolita; hoy ha de ser más modesta nuestra labor y más divertida, si diversión cabe en revolver mermeladas podridas.

Bien quisiéramos seguir el consejo que nos daba un estimado colega local no ocupándonos del Bey, digo, de Pey ni de su sombra; pero en esto hay sus modos de ver, y el nuestro no va sin maduro examen ni maduros consejos. El gran error de los buenos ha sido, en este siglo que acaba, dejar despotricar á los malos por no darles importancia. Los Santos Padres no pensaron así, y menos el divino Maestro.

Comediante singular.

En verdad, atrevidos necesitamos ser para habernóslas con los gigantes Briareos ó centímanos de la cosmo-

politería, porque lo que es á farotones y guzpatateros de la prensa no les ganarían Jaime el *Barbudo* ni *Panchampla* que se metieran á publicar trapos cosmopolitas. «De la competencia de nuestras plumas, dicen, responderán los escritos. Sin jactancia podemos asegurar que algunas de ellas hallarán difícilmente rival en España.» Sobre todo la del *ungido*, ¿verdad?

No tienen abuela. No sé cuántas veces han dicho eso ya, presentándose como abogados, doctores, maestros, areopagitas casi, y hablándonos de los ejércitos de sabios, y santos, y ricos que arrastran; pero un día se descuidó el apuntador de aquel escenario de comedia de gigantes bufos, y el comediante que hablaba se equivocó y dijo: y

«Nosotros somos muy pocos, muy poca cosa, con poquísimos medios materiales para luchar con ese coloso...» (los jesuitas). Pues vendan su conciencia dos veces si no les basta una, y por ahí saldrá cualquier logia cosmopolita que les pague bien y les haga *mucha cosa*.

¿Quién sabe lo que ellos se amañarían para salir de capa de raja, ó de *poca cosa*? porque dos días después ya eran otra vez *mucha*... Salió otro comediante y dijo con el primero contra el segundo, á los del Coloso:

«En el centro del mundo se leen estas palabras: *exterminio*. ¿Queréis la guerra? ¡Guerra! Os hemos brindado la paz; vuestra soberbia, os ha cegado. Guerreros invencibles, estáis perdidos.» *Y en el centro del mundo*, allá en el Orco, repetía el eco: «¡Perdidos, perdidos, perdidos...!»

Bostezad, lectores, y sabed que todo esto se dice por el «testaferro» de los del «Coloso», esto es el P. Corbató. «El torneo público, dijo un cuarto comediante, que parece nos va á proponer el Sr. Corbató, que nosotros aceptamos previamente, servirá para hacer más ruidosa y definitiva la victoria. La función va á ser muy divertida.»

Y salió el comediante sexto, y en desacuerdo con los otros dijo: «¿A qué propósito se refiere echar á la calle periódicos como los del pobre P. Corbató, para que vengan á agarrársenos, á entretenernos, á *distraer nuestra atención*? ¿No está prometida á la Compañía impunidad?» Y otro. «No cometeremos la necedad de defendernos de las injustas diatribas de un infeliz como el P. Corbató.»

Son seis comediantes si no hemos contado mal; pero estos seis comediantes distintos son un solo Pey verdadero: todo se lo dice y se lo hace este Juan Palomo; yo me lo guiso y yo me lo como.

El gramático amigo del Clero.

El cual Pey, ó Palomo ó Proteo, ó Mágico prodigioso, ó camaleón, ó veleta, enfadábase, con ocasión del Congreso Católico de Burgos, de que vinieran textos extrangeros á nuestros seminarios, y ahora quiere echar «al desván esos textos apolillados» de nuestra filosofía, abogando por los de Bélgica, Italia y Alemania.

Y él, que acuchilla la gramática castellana y la retórica en cuanto escribe, da lecciones de gramática al mundo entero. Y él, que patalea cuando se le dice que denigra al clero, pone ó hace poner en su trapo lo que sigue: «Hay muy pocos sacerdotes que sepan traducir correctamente el latín; y hablarlo, *ni una docena*... Es vergonzoso ver á muchos clérigos no saber traducir una lápida, una inscripción antigua. ¿Qué más? Las mismas lecciones é himnos del breviario son para muchos como si estuvieran escritos en chino.»

El que dice eso no podía perdonar á los católicos españoles, enemigos suyos, y les dice que son inferiores á los krausistas: «El krausismo tenía la indiscutible ventaja de preocuparse del conocimiento de Dios, el asunto más indiferente para los españoles, católicos ó no católicos, de nuestro tiempo... ¿Quién cree hoy? ¿Quién tiene una fe ilustrada de los grandes misterios que se refieren á Dios? ¿Quién tiene una idea de la moral?»

Seguramente es que no sabemos gramática, de lo cual se quejan llorando á moco tendido los cosmopolíteros; pero así que se acuerdan de que su papa maximo tampoco la conoce, danlo por sabiduría y dicen y repiten: «los grandes gramáticos son grandes asnos; *Grandis gramaticus grandis assinus*». De donde, según su teoría, el que acusa al clero de no saber gramática, es dos veces gran asno.

Lo cual, no obstante, júzgase en condiciones de poder aconsejar á los seminarios que se estudie «de errores modernos y de objeciones científicas un vasto tratado sin tasa ni medida.»

¿Tratado de objeciones científicas? Que me emplumen si alguno sabe á qué especie ó familia pertenece ese animal raro. Tan difícil es de hallar como el duende ese que diz va ofreciendo á peso de oro los silencios cosmopolitas, contra lo cual se enfada el trapo y lo denuncia á las autoridades. ¡Oh fuerza del consonante, digo, del reclamo, á cuánto obligas!

Bomba final

«Nosotros escribimos sabiendo que cien obispos y la misma Santa Sede tiene abierto nuestro proceso... para condenarnos... *Exterminio*: ¿Queréis la guerra? ¡Guerra! —«Nuestro lema será este: ¡A la cabeza, y no á la mano!»

»¡Espantosa degradación de la Justicia eclesiástica! *Muy ilustrada fe se necesita para no* MALDECIR Á LA IGLESIA *que autoriza tales iniquidades*. —«El título de hereje, de apóstata, de blasfemo y de cismático, no quitan al sujeto la nota de su honradez moral; pues todos esos crímenes religiosos son compatibles con la probidad moral».

Distingo: con la cosmopolita sí, con las demás no. Y acabo hoy con la pena de que me falte lugar para otras cosas de gran edificación cosmopolita y de grandísima consecuencia y formalidad pagana; pero todo se andará.

P. Pito.

Correspondencia de la Dirección

I

PAZ CON UNOS

No caeremos otra vez en la debilidad de consagrar á la defensa de nuestras personas é intenciones tan gran parte de Luz Católica; pero hoy nos parece indispensable, para que se sepa quiénes somos.

Siempre me ha gustado contestar á todas las cartas

que recibo, aunque me las dirijan las personas más humildes; cuanto más ahora que se trata de cartas de amigos muy estimados y de elogiosas apreciaciones de la prensa. No á todos aquéllos puedo contestar por correo, pero á todos contesto desde aquí, agradeciendo á unos sus sanos consejos y á otros su buena voluntad.

En otra parte he dicho y ahora repito, que ninguno de los que ayer estuvieron á mi lado, ora se trate de ellos en cuanto católicos, ora en cuanto afiliados á un partido, tienen que temer de la campaña de LUZ CATÓLICA, en todo lo que no sea ir contra la iglesia ó la Patria. En lo demás, abunde cada uno en su parecer con libertad cristiana y no pretendan ellos, como yo no pretendo, que el criterio propio sea el criterio de todos, y los intereses de partido los de la Iglesia. *In domo Patris mei mansiones multæ sunt*, decía el Divino Maestro; muchas mansiones hay en la casa de mi Padre; ó lo que es igual, á ella se va por muchos caminos. Si el mío y el de aquéllos son buenos, á la casa de Dios nos conducirán uno y otro, y al fin nos encontraremos en lo que es de Dios; si uno es malo, nadie se ofenda de que los del otro se lo adviertan por caridad.

LUZ CATÓLICA manifestó desde su primer número lo que ha de ser, y eso será. Los que en ella trabajen no pueden concebir que un partido sea absolutamente malo ó absolutamente bueno: por lo bueno estaremos con él, por lo malo nos apartaremos compadeciéndole, y nunca olvidaremos que, entre buenos españoles, *lo cortés no quita lo valiente*. Nuestra bandera es la españolista, en la cual tienen todos los partidos tan alto lugar cuanto tienen de bueno, ó tan ínfimo cuanto tienen de malo. Nosotros recibimos la verdad aunque la diga el demonio. Si alguno se molesta por nuestra actitud, que es hoy la que fué ayer, por él lo sentimos, pero no podemos remediarlo. Y los que mil veces han leído y venerado palabras de un augusto Jefe que «á todos llama, vengan de donde vengan», no tienen por qué andar hoy metiéndose malamente con nosotros.

Jamás hemos variado en materias que tocan á la recta conciencia. Si las circunstancias nos hicieron aparecer un día muy ligados á la causa de una persona, hoy nos hacen aparecer desligados; pero las circunstancias no son principios, y en principios estamos donde estábamos, pese á los que se molestaban de vernos unidos con ellos por las circunstancias, hilo que ellos han roto.

Sería interminable el ocuparnos de todas las publicaciones católicas, así carlistas, como integristas, independientes, etc., que han apreciado y elogiado nuestra actitud. Muy de corazón se lo agradecemos, y rogamos á algunas que no duden de nuestra sinceridad. En lo sustancial, que es el bien de la Religión y de Patria, y lo que diga con él relación íntima ó necesaria, todos convenimos; en lo demás, nosotros no hemos de reñir con nadie.

Todo lo que podrá suceder es que discutamos en algún caso importante, pues hasta entre ángeles hay á veces discusión, como prueban varios lugares de la Biblia; y entonces, yendo todos de buena fe y con buenas formas, no hay vencedores ni vencidos, antes bien, podríamos decir con Séneca: *Felices qui vicerint, felices qui vincentur. ¿Quid autem est felicius quam sic cedere?*

II

GUERRA CON OTROS

Por lo que á mí toca, espero que se irán desengañando no pocos que juzgan por el color de la superficie. Por de pronto, sepan así los amigos como los enemigos de una pequeña publicación, que no tengo maldito el interés en que muera ésta, antes bien, le deseo mucha vida y mucha suerte, si va como Dios manda, y sino, que Dios la confunda. Dije, y aseguro que me lo dictaba el corazón, que mi deseo era la unión como de hermanos; no he cambiado de sentir; pero esta unión que por mi parte ofrezco, exige á la otra escribir en católico, digámoslo así; esto es, no sólo obedecer al Papa cuando define *ex chatedra*, á lo cual le relegan hoy muchos «católicos», sino también en lo concerniente al *gobierno de la Iglesia*: de una Iglesia gobernada por periodistas católicos ó con Papa solamente definidor de dogmas, reniego yo con carácter de inpenitencia final. Yo lo que digo del Vicario de Jesucristo, dígolo relativamente del Episcopado en comunión con la Santa Sede.

El que quiera ser respetado, respete á los demás, y no les llame «fariseos, hipócritas, negros de corazón, sepulcros blanqueados», etc., etc., porque no les da la gana de ser tan majaderos que llamen humildad á las soberbias de un rebelde. No me dió á mí, por ejemplo, esa gana, y resulto cargado con todos aquellos improperios; y dicen algunos infelices que tenía obligación de aguantarlos.

No sé en qué fundan esta obligación; pero aunque yo la reputase tal, soy católico, soy hijo fiel de la Iglesia y de la Santa Sede que la rige en doctrina *y en gobierno*, y en cuanto de mí dependa, no consentiré jamás, jamás, que se insulte impiamente á mi Santa Madre con blasfemias, soberbias y cismas, repetidas no sé cuántas veces por semana con palabras como estas que todo católico debe condenar como las condenó quien pudo, y las cito porque algunos incautos las han reproducido:

Fuera de la Cabeza visible de Cristo (de Cristo no; de la Iglesia: ¡y estos que no saben lo que dicen son los que blasfeman de dicha Cabeza y de todos los que ante Ella se descubren!) y de los labios del mismo Representante CUANDO HABLA EX CHATEDRA, *todo lo demás* (de la Iglesia), *parece dominado por Lucifer... y está sucio, podrido y asqueroso*».

Ahora bien: la Cabeza visible de la Iglesia no es la Iglesia, y el Papa sin más oficio que hablar *ex chatedra* no es Papa; luego si todo lo demás está «sucio, podrido y asqueroso» —excepto el que lo dice y sus suscriptores, por supuesto— es que *portæ inferi prævaluerunt;* y por lo tanto, Dios que prometió lo contrario mintió como cualquier periodista «católico»; lo que Dios llamó Iglesia no es más que un burdel «sucio, podrido y asqueroso.»

¿Y quieren mis amigos que los dedicados por vocación y obligación á la defensa de la Iglesia demos beso de paz á tan monstruosas herejías, y otras muchas aunque no sean tan graves? Por mi parte no será así; primero mataré mi humilde revista. Dispuesto estoy á dar el beso de paz como hermano y compañero; pero es á condición de que María no se meta á murmurar publicamen-

te de Moisés, pues yo no sé rozarme con murmuradores que más que aquella, excitan la ira de Dios.

Dícenme no pocos que todo esto era bueno para más adelante, no para el primer número de LUZ CATÓLICA. No acostumbro á engañar de este modo: quise que desde el primer número supieran todos quiénes éramos y qué veníamos á defender, para que luego no dijéran que los habíamos sorprendido ó engañado: nos presentamos como debíamos, para que no nos tomase quien de nosotros no gustara.

III

GUERRA Á MUERTE

Por quien abogan inútilmente más de cuatro que no saben lo que pasa, es por un desgraciado sacerdote que no parará hasta el fondo. Pídannos que oremos por la conversión de tal, como lo hacemos tiempo ha, y será justo; pero que le dejemos en paz, eso no, eso jamás, porque no hemos de ser perros mudos cuando vienen los ladrones á robar nuestro tesoro.

Hínchese y dese tono el desgraciado fingiendo que nos desprecia, cuando nos aplastaría si pudiera; aquí no tenemos por qué fingir, aquí sacamos las cosas al desnudo, para que las vea y repugne quien quiera, siempre que el bien de la Iglesia nos lo demande. El arriba mencionado puede pecar por ignorancia: éste peca por soberbia y malicia, este pretende derribar la Iglesia y fundar una á su gusto. ¿Y queréis paz ¡*Non est pax impiis, dicit Dominus!*

No es verdad que yo haya sostenido polémica alguna con ese señor. Le llamé públicamente la atención como hermano, autorizado por las leyes de la corrección fraterna. Contestóme afirmándose en el cisma y el error con un aluvión de insensateces y herejías. Le reté en *Lo Mestre Titas* por el bien de la Iglesia, á una discusión pública, oral ó escrita, ante un tribunal de teólogos que fallase; se salió por la tangente con una panderada fenomenal, y ahora me dicen algunos benditos, como Saúl á David: «No puedes luchar con este gigante filisteo, porque tú eres débil y él esta avezado á la lucha desde sus mocedades».

Bueno; pues para ese gigante basta un pastorcillo con su guijarro, ya que ningún valiente del ejército de Israel se atreve á luchar con él. «Dios escoge á los débiles para confundir á los fuertes»... Puede que este asunto dé sorpresas que pongan espanto.

Con todo esto, no he de matarme por rebatir todos sus errores y mentiras, y menos cuanto más se trata de las calumnias y vituperios conque pretende combatirme: que en esto y muchas cosas más le despreciará LUZ CATÓLICA, así como en lo que pueda hacer algun bien le impugnaremos más cuanto más se empine, y con esto no haremos más que observar aquel consejo sagrado que dice: «No respondas al necio según su necedad, no sea que parezcas semejante á él. Responde al necio según su necedad, para que no crea qne es un sabio».

Lo propio decimos de otros muchos que, so capa de celo, trabajan también conscientemente en la obra de demoler el Catolicismo. Humildes somos en esta casa, poco valemos; pero al lado de la Santa Sede, dentro de la Iglesia, alumbrados por la verdad católica, nos sentimos con valor para desafiar á todo el infierno.

Ahora nos han de permitir nuestros amigos que protestemos contra la falsa suposición de algunos, de que pretendemos reformar al Clero. ¡Válgame Dios! ¿Hablamos en griego, acaso, para que no nos entiendan? ¿Quienes somos nosotros para reformar al Clero? Mucho somos para defenderle, nada para lo demás: somos periodistas católicos de verdad, no obispos contrahechos ni reformadores cismáticos. Lejos de meternos á reformar, nos levantamos contra esa legión de reformadores signados que destrozan al Clero envenenándolo por pequeñas dosis, y lo dividen en Clero *suscriptor* y no suscriptor; en Clero *asociado* y no asociado; en Clero *inferior* y superior; en «partido de Lemir y partido de los episcopalistas y romanistas».

Para nosotros no hay más que un Clero, y ese venimos á defender: un Clero que tiene miembros muy defectuosos, como corresponde á toda clase que de hijos de Adán se componga; un Clero que, si debe ser reformado en algunos ó en todos los grados de su jerarquía, obra es esto de un Concilio Ecuménico, dada la confusión espantosa en que hoy se vive, no de cismáticos y herejes metidos á recomponer lo que ellos mismos destrozan; un Clero que no necesita de nuestras mentiras para cumplir con su misión, esto es, no necesita que le adulemos diciendo que no tiene defecto, como desean algunos que, si tal dijéramos, se ofenderían también y con el dedo nos señalarían la llaga; un Clero no inferior ni superior, ni alto ni bajo, sino con un orden jerárquico por Dios mismo establecido, en donde unos tienen la desgracia de mandar y otros la dicha de obedecer, unos la obligación grave de ser perfectos y otros no, y todos contribuyendo á la obra de Jesucristo, con sus virtudes adornándola y con sus pecados dando testimonio de que es obra de Dios y no de hombres que así delinquen.

C.

Revistilla

Leemos: «La coronación de nuestra querida Patrona.—Según dicen algunos de nuestros colegas de la localidad, con motivo de celebrar nuestro respetable Prelado sus bodas de plata el próximo mes de Noviembre, se reunirán en esta ciudad varios Prelados, como asimismo el Cardenal Sr. Sancha y el Nuncio de Su Santidad. Parece que, aprovechando esta circunstancia, se desea hacer la coronación de nuestra querida Patrona la Santísima Virgen de los Desamparados, á cuyo fin se ha solicitado de Roma las correspondientes licencias.»

Aquí tiene cierto amigo nuestro un tantico huraño otra bellísima ocasión de lucirse con el pan de los pobres; y lógico sería, que dada su campaña de disparates, aplicase la obra en sufragio de la Virgen de los Desamparados.

La próxima Encíclica.—Según dicen personas bien informadas, Su Santidad está terminando una nueva Encíclica destinada á explicar y comentar la admirable *Rerum novarum*. En este documento pontifical tratará el Sumo Pontífice la grave cuestión de la democracia, cristianas señalando sus justas aspiraciones; pero previniendo al mismo tiempo al pueblo fiel contra las exageraciones de varios demócratas cristianos que, principalmente en Bélgica, en Francia y en Italia, han pasado la línea que separa el campo católico del revolucionario. Lo mismo sucede ya

en España, por arte de unos cuantos clérigos malhallados con las obligaciones sacerdotales.

Pensábamos ajustar las cuentas en religión y en historia al Dr. Candela, pero en esta laudable tarea se nos ha adelantado nuestro estimado colega *La Libertad*, que al buen Sr. Candela le arrima una buena ídem. Nosotros, pues, la tomaremos por otro lado, encomendando el negocio á los «galopines muertos». No sabemos cuándo llegará el correo del Orco; pero aunque la carta venga con retraso, de seguro ha de ser buena, buena.

Y á propósito de *La Libertad*, diremos que nos parece hadado en medio del blanco con aquella bala que se llama *Por amor á las perras*. La «suprema ratio» de los periodistas de la Gasconia es si hay ó no hay muchos suscriptores, de suerte que la cuestión no es de principios, sino de postres, como diría Mateos Gago; ó bien, como dijo el gran Lope:

El vulgo es necio; y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Con este fusil se tira «al bulto», en el país de la Gasconia, y esa es en substancia la respuesta que dan cuando se les pone en un círculo de hierro. Periodiquillos hay que debieran titularse: *La España Cuca.*

Han regresado de Roma, los escolares españoles que asistieron al Congreso católico internacional de estudiantes. Manifiestan el entusiasmo que produjeron en los estudiantes extranjeros los discursos del Catedrático Sr. Marqués de Valle Ameno, y de los estudiantes Sres. Pomés y Marín. Su Santidad quedó muy satisfecho del Congreso escolar, y dijo que la nota de piedad y fervor dada en esa Asamblea, se debía principalmente á España.

En Italia, el número de personas encarceladas como anarquistas con motivo del asesinato del rey Humberto llega á la enorme cifra de 2.200. Otro millar de individuos se hallan detenidos por haber hecho la apología del regicidio, ó sencillamente, por no haber reprobado el crimen en términos bastante enérgicos.

Deseábamos que constase, no por nosotros, sino por varios infelices carlistas de carretilla que no conocen su programa ó lo atropellan, la opinión de nuestro estimado colega *El Correo Español*. La ha manifestado el colega de un modo muy terminante publicando un artículo magistral contra el congreso de Bourges, congreso que es el tema de los grandes panegíricos y felicitaciones de Pey. Conste, pues, que *El Correo Español* está terminantemente contra la infame campaña del desgraciado sacerdote. Aviso á quien corresponda. Bueno es que todos los que pensamos en católico, cualquiera que sea nuestro campo, tengamos en lo sustancial unidad de pensamientos y de miras. ¡Adelante! Del programa indicado, así como del escándalo farisaico público y de nuestra consecuencia y de otras cuestiones candentes, tratará el número próximo de LUZ CATÓLICA, si las circunstancias no nos obligan á variar.

Sobres monederos.—Con atento B. L. M. hemos recibido de la empresa propietaria dos ejemplares del *sobre monedero*, aprobado por Real orden de 30 de Noviembre para la circulación de monedas por correo entre todos los pueblos de España, por insignificantes que sean; puede hacerlo comprando en el estanco un *sobre monedero*, que cuesta 25 céntimos, y poniendo el franqueo de 15 céntimos por cada 60 gramos de peso y 25 céntimos más de certificado. El *sobre monedero* circula como certificado con la garantía del Estado por la cantidad declarada. Donde no haya Administración de Correos, deberán certificar los peatones.

Llamamos sobre esto la atención de nuestros suscriptores, porque el *sobre monedero* les sirve para ponerse al corriente con nuestra administración, desde el último pueblo de España.

Sección recreativa

Pregunta para el número 1.º de Noviembre.

¿Quién fué el primer cosmopolita?

Premio y condiciones de las anteriores preguntas.

¡Ya eres libre!

—Será preciso que os vistáis de minero—me dijo el ilustrado y amable ingeniero que se había ofrecido á servirme de *cicerone*.

—¿De minero?

—Sí, es absolutamente necesario. Con la ropa que lleváis no podríais resistir la temperatura ni los frecuentes accidentes de la mina.

No hubo más remedio que conformarse.

El traje era, por cierto bastante singular. Un sombrero de cuero de algunos centímetros de espesor, para evitar los golpes de las piedras que constantemente se desprenden de la bóveda; una ligera blusa, un pantalón de rayadillo y una lámpara de Dawi componían toda la indumentaria.

Adornado con tales arreos, nos dirigimos á la mina.

Os confieso con sinceridad que al introducirme en el pozo, al encontrarme en las entrañas de la tierra, al sentir el calor bochornoso y húmedo que aumenta por grados á medida que se desciende, al perder la alegría de la luz y del ruído y sentir el pavor de aquellas cárceles sombrías, empecé á arrepentirme de mi atrevida curiosidad... Pero ya no era cosa de retroceder... ¡Adelante, y que Dios me proteja!

Llegamos á la galería. El calor sofocaba; la bóveda era tan baja que había que caminar constantemente inclinados para no tropezar.

De trecho en trecho unos puntales sostenían la bóveda para que no se hundiera...

Por fin llegamos al lugar donde se trabajaba.

El primer operario que vi me produjo una impresión desagradable. Estaba sentado en el suelo, con la barba apoyada entre las manos y nos contemplaba descaradamente con mirada de idiota.

A primera vista me causó extrañeza su traje; no podía yo calcular qué clase de ropa sería aquella envoltura negra y brillante que le cubría; me acerqué y... ¡estaba completamente desnudo!

Una capa de carbón humedecido por el sudor, era toda la indumentaria de aquel desgraciado.

¡Desnudos! Así trabajan los operarios de las minas.

A medida que la explotación avanza tienen que sostener con puntales el hueco que el mineral deja, y como no hay madera suficiente van quitando los puntales de un lado para ponerlos en donde más falta hacen. Esto ocasiona frecuentes desprendimientos; á veces los trabajadores quedan aplastados bajo las piedras y los escombros, pero de esto nadie se cuida, ni se entera apenas...

Un minero muerto es un insecto que ha quedado

aplastado bajo el azadón del labrador... Se echa á un lado ¡y adelante!

. . . .

Cuando salí al exterior y respiré el aire puro, me pareció que despertaba de un sueño.

Estaba aturdido... como sonámbulo... Escuché que hablaban junto á mí, era el ingeniero que me daba explicaciones de lo que había visto, de las grandes ganancias que la mina producía, de sus condiciones higiénicas (!)

—Es una de las mejores que yo he conocido—decía con acento de autoridad.

—¿Pero las hay peores?

Cuando me quedé solo, una multitud de ideas se agolparon á mi mente.

A pesar de todas las flamantes leyes de protección al trabajo, en las minas trabajan niños que no llegan á ser hombres. Cuando salen del pozo se les ve tristes, uraños, serios, parece que la falta de luz y de *ambiente social*, va poco á poco secando aquellos cuerpos y atrofiando aquellas armas.

Todos están embrutecidos; no tienen más *expansiones* ni más placeres que el vicio; todo lo que les sobra después de atender á su frugal alimento lo gastan en bebidas alcohólicas.

Trabajan *doce horas diarias* y se van remudando por turnos para que el trabajo no cese; allí no hay domingos, ni fiesta ni descanso... ¡Los explotadores tienen tanta prisa en acrecentar su fortuna!

Se ha venido trabajando desde hace más de un siglo para descristianizar al pueblo... Pues bien, ¡ya lo han conseguido! Al menos en esas regiones tenebrosas que llámanse minas.

Allí no hay ni vestigios de Religión. Allí vive todo un pueblo sin Dios... ¡El ideal laico!

Generaciones y generaciones que pasan días, y días, y años, y nacen, y viven, y mueren sin percibir el influjo de la moral cristiana. ¡Ni un sacerdote, ni un Crucifijo, ni una palabra, ni un sentimiento que recuerde á Dios! Allí no hay más *Religion* que la del *trabajo*.

¡La religión del trabajo!

Lo que tanto se ha ponderado y enaltecido. ¡Ya se cumplió!

Ya debe estar el obrero satisfecho.

Ya tiene su nuevo *templo:* ¡la mina!

Ya tiene *altar:* el bloque de carbón; y su sacerdote: el capataz; y su Pontífice... ¡el explotador!, y su sacrificio... ¡Ay! ¡Y qué sacrificio!

¡Ya debes estar satisfecho, pueblo obrero!

¡Ya estás regenerado!

¡Ya tienes lo que querías!

Ya no soportas el *yugo* del Evangelio. Ahora tienes libertad de pensar... en tus miserias; libertad de vivir... en un infierno anticipado; ¡ya eres libre! Ya no sirves á Dios.

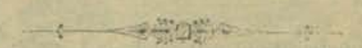
Has abandonado á tu Dios y lo has cambiado por otro... ¡el trabajo! Sólo que el trabajo es un dios ciego... Tan ciego que no conoce á sus *hijos*.

Sólo que los nuevos *sacerdotes* no tienen más leyes que su ambición; han sacudido ellas también el *yugo* del Evangelio. ¡Son libres... libres absolutamente para explotar, libres para apretar los *tornillos* de su codicia hasta *exprimir* la última gota de vuestra sangre...

¡Ya se consiguió lo que se quería!

Y dime, hijo del trabajo, ¿estás contento con esta nueva *religión*? ¿Eres más feliz con tu *nuevo dios?*

LUIS LEÓN



Los Católicos en Persia

Una correspondencia de Persia la *Voce della Verita* de Roma, trae las siguientes interesantes noticias, que manifiestan la respetuosa deferencia que tienen para con los católicos, algunos príncipes paganos de aquel lejano Imperio.

Su alteza Imperial el príncipe Etzat el Saltana, heredero de la corona de Persia, hizo anunciar repentinamente su visita el 9 de Diciembre último, á los católicos caldeos de Kasrava.

Según la costumbre que existe en aquel país, de recibir con gran solemnidad á los príncipes y gobernadores del Imperio, toda la población acudió al encuentro del noble visitante.

El Ilmo. y Rvdmo. Arzobispo, señor Koubadache, los misioneros y todo el clero esperaron al ilustre huésped en la puerta de la Cátedra.

El Príncipe llegó con exactitud y rodeado de su corte. Al ver al arzobispo, descendió del caballo. El Prelado entonces, seguido por el clero, se acercó á saludarle, su alteza acogió al Prelado con amable sonrisa y, después de darle gracias, entró al Palacio Arzobispal.

El Arzobispo invitó al Príncipe á tomar una taza de té, y éste á pesar de que los príncipes persas, por costumbre inmemorial, no comen ni beben con sus súbditos, aceptó el convite del Prelado, derogando así el uso establecido.

Mientras todos los nobles de la Corte permanecían de pie y con los brazos cruzados, el Príncipe entabló conversación con el Arzobispo.

Después de hacer grandes elogios del celo, el valor y los trabajos apostólicos del Prelado, Etzat el Saltana, pronunció en alta voz las siguientes palabras: Monseñor, no os imagináis cuánto amo á los cristianos.»

Durante más de una hora continuó en afable charla con Mr. Koubadache y, enseguida, salieron ambos del Palacio y se dirigieron á la catedral, en donde fueron recibidos con cánticos ejecutados por un coro de colegiales.

El heredero imperial recorrió con verdadera complacencia la modesta iglesia y examinó cuidadosamente los ornamentos sagrados, cuya significación preguntaba á cada paso.

De la catedral pasó el príncipe á la casa de misión de los padres Lazaristas, en donde dirigió á los alumnos del Seminario y de las escuelas, dos dicursos, uno en francés y otro en persa. Visitó en seguida la misión de las Hermanas de la Caridad, quienes le obsequiaron con un ramo de flores naturales que fueron recibidas con muestras de agradecimiento por el príncipe.

En el momento de salir de la casa de las Hermanas, el Arzobispo le recomendó calurosamente á sus católi- y Su Alteza prometió protegerlos con todo su poder.

Al subir al caballo, en medio de los nobles señores de su séquito, de los misioneros y del pueblo que le rodeaba dijo entre otras cosas, el príncipe al arzobispo.

«Estoy muy contento con vos y haré todo lo posible »para que lo estéis conmigo. Id á verme á Teheran. Ma»ñana os enviaré un Kalai» (es éste el presente reser»vado para los grandes personajes) con cien «tonmas» «(500 francos) para vuestras escuelas.»

La noticia de esta visita de su alteza, circuló por toda la comarca y los gobernadores vecinos, aún el mismo «Mallah» de los musulmanes, fueron á felicitarle al arzobispo.

Salto extraordinario

Está ya construído el salto del río Leizarán.

Mide 207 metros de altura útil, con un caudal mínimo de estiaje de un metro cúbico, y están construidas las obras para un aprovechamiento de aguas medias de dos metros cúbicos, lo que corresponde á una fuerza de estiaje superior á 2.000 caballos, y una fuerza de aguas medias superior á 4.000.

De este salto falta solamente la instalación de turbinas y la eléctrica de la central y línea de transporte, las cuales estarán terminadas en el otoño del año corriente.

El coste de la instalación total del transporte, comprendiéndose obras hidráulicas, instalación de turbinas é instalación eléctrica completa; está ya contratado en su totalidad, y no alcanzan á 2,500.000 pesetas.

La fuerza transportada en estiaje pasa de 1.750 caballos, y la de aguas medias de 3.000.

Confesiones liberales

Entre varias sandeces escribe el incomparable Bonafoux en el *Heraldo de Madrid:*

«De regreso á casa, (escribe desde Londres y maravillado de sus grandezas), de noche, con el corazón henchido, no sé si de tristeza, por el espectáculo de tanto poderío, voy leyendo las artísticas páginas que Ricardo Burguete ha dedicado á Cuba y Filipinas..., últimos restos del imperio colonial de España.

Sí, Burguete amigo: también España tuvo la piedra del destino, la silla de la coronación y una corona muy pesada. ¿Recuerdas el paralelo de Tarde?

«El descubrimiento de Cristóbal Colón, que hizo oceánico, de mediterráneo que era, el comercio internacional, favoreció en primer término, á España, surgiendo entonces el maravilloso Imperio español, al que no se acerca en poderío el Imperio británico, el cual no existiría sin aquél, con cuyos despojos y ejemplos se hizo. La Marina de Isabel es una imitación de la *Armada* de Felipe II. Nada más deslumbrador en la Historia que la dominación universal que ejerció la gran Península y nada más propio á destacar la vanidad de las explicaciones sacadas de la raza, del clima, de las fatalidades psicológicas. El pueblo marino y colonizador por excelencia en el siglo XVI, el pueblo emprendedor é iniciador, ¿era Inglaterra? ¡No! Inglaterra era el último pueblo de Europa en la carrera colonial. Distinguíase entonces, como en la Edad Media, por su rutina y la timidez de su cabotaje. Léase lo que Thorold Rogers escribió á este propósito. Tan poco industriosos eran los ingleses, que no sabiendo tejer las lanas, expedíanlas á Flandes para la fabricación de los trajes que usaban.

«El pueblo inglés era el más atrasado que se ha visto, más cerrado y murado en sí mismo que la pobre España de ahora. Y la España de entonces era la raza innovadora y civilizadora entre todas. Los filósofos hacían honor á la energía constitucional del pueblo español, á la gravedad de sus costumbres, de su educación, de su fe religiosa, de su *carácter*, en oposición á la frivolidad turbulenta de la ingobernable nación inglesa. En dos siglos, y hasta puede decirse que en un solo siglo, los papeles de estos dos pueblos similares se han trocado del todo en todo.»

Sí. Mientras un indio decía á Hugues: Le Roux, «¿qué vas á hacer de tus hijos? yo, en tu lugar, los haría ingleses», las escuelas de Londres están llenas de niños españoles, de Bilbao, de Barcelona, etc. que han venido á *inglesarse.*

¡Ah, esa piedra del destino! ¿Por qué permitió España que la sacasen de su suelo?...

LUIS BONAFOUX.

Londres, 19 de Junio.

Conducta nobilísima

Nobilísima es, y aun los más furiosos anticlericales habrán de reconocerlo así, la conducta observada por el dignísimo párroco de Alameda de Argañán (diócesis de Ciudad Rodrigo). Injuriado y calumniado gravemente por el periódico *El Cencerro*, de la corte, acudió á los Tribunales ordinarios el sacerdote á que aludimos, solicitando la vindicación de su honra, mancillada torpemente por el periódico citado más arriba.

El Tribunal Supremo acaba de confirmar la sentencia del inferior, condenando á cuatro años de prisión correccional, multas y costas, al director de *El Cencerro*, D. Juan Rabadán. Este no ha vacilado en dirigirse al ofendido en solicitud de perdón, que le ha sido magnánimente otorgado por el virtuoso párroco D. José Calleja, con autorización, por supuesto, de su prelado.

Por tal manera ha sido perdonada al calumniador la pena aflictiva á que había sido condenado, por más que éste deba, á tenor de la sentencia, publicar esta en su periódico y en otros dos elegidos por el injuriado.

Los difamadores del sacerdocio católico marchan sobre seguro. Ninguno de ellos irá á presidio por más que así lo exijan, en ocasiones, los fueros de la justicia. La cristiana caridad de los calumniados y sus magnánimos sentimientos, no desmentidos hasta ahora, vienen á ser como un velo de impunidad tendido sobre la rabiosa inquina de los calumniadores.

Nuevo motor.

De un nuevo descubrimiento, verdaderamente maravilloso, nos da cuenta la importante revista. *El Automovilismo Ilustrado*, debido al célebre químico Tripler, de Nueva York.

Consiste el invento en la aplicación que da el aire líquido como fuerza motriz, é idea un motor que, entre otras excelentes cualidades, no hace ningún ruido, no causa humo ni encendios, y para el que la fuerza, la energía que necesita el aire, se halla en todas partes, en la mano del trabajador, en las minas, en las pampas en los desiertos, en medio del Océno.

Nuevo café

Se empieza á hablar en el extranjero del café de higos.

Desde hace años se hace de él gran consumo en Austria Hungría, y recientemente ha entrado en Alemania, donde es preferido al café... de café.

Este producto, cuyas propiedades nutritivas dicen son extraordinarias, se obtiene tostados los higos. Mezclado con el verdadero café, atenúa los efectos excitantes y le da más color.

En Argelia, donde se cultivan los higos en gran escala, el gobernador general incitó á los comerciantes é industriales á que creasen esa nueva industria, y varios se trasladaron á Austria para estudiar los procedimientos de fabricación. Como consecuencia de los estudios, ya se han instalado en Argelia dos fábricas, una en Bougie y otra en Aomar.

Imprenta Españolista.—*P. Manises, 5,—Valencia*